

Más allá de las rejas

HERY SLESAR

hora le había tocado el turno a Beggs. Una generación había alcanzado la madurez mientras él permanecía entre rejas, y ahora las rejas se abrían ante él. -Cincuenta años -le dijo el director de la cárcel-. No es usted viejo. No se deje desanimar, porque ya sabe a lo que conduce eso.

-¿A qué? -contestó él con tono soñador.
-Usted lo sabe. A complicaciones.
El director se aclaró la garganta.
-Veo que tiene usted familia -le dijo.
-Tenía -respondió Beggs, no sin amargura.
-Su esposa no se encontraba muy fuerte para hacer visitas, ¿no es así?
-No.
-Aquel dinero que usted robó...
-¿Qué dinero?
-Muy bien -suspiró el director-. Ahora me acuerdo. Usted era de los inocentes. Muy bien; perfecto. Esos son los que a mí me gusta ver partir. Quiero decirle algo confidencialmente. Téñase el pelo.

Ya había salido. Sabía muy bien que Edith no le esperaba fuera. Se dirigió a pie hacia la parada del autobús. Se sentó en el asiento posterior del autobús y, durante todo el camino que lo llevaba a la ciudad, observó en el cristal el reflejo de su cabeza, de cabellos canos. «Soy un viejo -pensó-. Pero saldré adelante».

En dos días gastó casi todo su dinero. Dedicó una parte a alojamiento, a la compra de ropa, a alimentarse y a pagar su billete de ferrocarril. Cuando descendió en el andén, en Purdy, un taxista le ofreció sus servicios.

-¿Conoce usted la granja Cobbin?

-No -respondió el chófer.
-Estaba en Edge Road.
-Conozco Edge Road.
-Allí es donde quiero ir.

Al llegar pagó al taxista. Ante él vio el reborde desmenuzado de la pendiente rocosa y supo que estaba en el lugar que iba buscando. Fue bajando a lo largo de la suave pendiente. Al final había una extensión boscosa y escarpada. Fue tanteando hasta que encontró el montón de piedras, el viejo tronco de árbol y el lugar en donde él había escondido el dinero.

No dinero en lo más mínimo que su escondite hubiera sido descubierto durante su ausencia.

El dinero se encontraba efectivamente allí. Limpió la maleta y se echó a reír al comprobar los daños que le había causado la humedad. Pero era fácil de llevar.

Era ya de noche cuando llegó a su viejo barrio. «No hay muchos cambios por aquí y si los hay es para empeorar». Ruina y decrepitud. Luego se dio cuenta de las diferencias: un escaparate de cristal en la droguería, un solar donde se había levantado una fábrica de bombones, un cambio de nacionalidad de los muchachos que jugaban por las calles.

Beggs entró en el bar. Allí había pasado muchos ratos en su juventud y aun después de su matrimonio. Pero sólo quedaba el sitio. En otro tiempo, el bar de Mike era una sala amueblada de forma prolija y pasablemente iluminada. Lucky's era un lugar completamente diferente. Era oscuro, demasiado oscuro para unos ojos cansados. Incluso había mujeres.

-¿Diga, señor? -le preguntó el barman.
-¿El teléfono? -pidió Beggs con voz ronca.
-Allí abajo, al fondo.

Beggs trajo, en alguna cosa, se incorporó y halló la cabina telefónica. Consultó torpemente la guía, asombrándose de su grosor, mientras que el olor de alcohol que le rodeaba le trastornaba la cabeza. Hacía veinte años que no había pasado whisky por su garganta. Halló su nombre: Beggs Edith. El número de teléfono había cambiado, pero la dirección seguía siendo la misma. Casi le dieron ganas de llorar, tan agradecido estaba a su esposa por haberse mantenido constante y obstinada.

Buscó en su bolsillo dinero suelto, dándose entonces cuenta de que la tarifa había subido. Halló una moneda, pero no se introducía en la ranura. Sus manos temblaban demasiado. Era incapaz de afrontar aquella prueba. Sabió de la cabina bañado en sudor.

En el bar se sentó en un taburete cubierto de felpa y apoyó sus codos sobre el mostrador. Nadie bebía. El barman se lanzó sobre él como un pájaro de presa.

-Da la impresión de necesitar una copa
Beggs alzó la cabeza: ¿Qué le pasó a Mike?

-¿A quién?

-To... tomaré un whisky.

El barman se humanizó y dijo:

-¿Se refiere a Mike Duram? ¿Al antiguo dueño?

-Sí.

-Está a seis pies bajo tierra. Puede que haga diez años. ¿Era usted quizás amigo de Mike o qué?

-Yo lo conocía -repuso Beggs-. Ya hace tiempo.

Vació su vaso y sintió el alcohol estallar en su cabeza.

-¿Qué le pasa? ¿Se las quiere dar de listo? -le dijo-. ¿Quiere hacer creer que mi whisky no es bueno?

-Lo siento muchísimo. Hacía tiempo que no bebía.

Se alejó, molesto. Beggs se cubrió el rostro con las manos. Sintió que alguien le daba un golpecito. Se volvió y vio una sarta de perlas baratas alrededor de una fina garganta que emergía de una blusa negra.

-¡Hola, papá! ¿Está usted resfriado o qué?

-No es nada -repuso.

La mujer se volvió y le miró. Era una chica joven.

-No estoy acostumbrado -explicó-. No soy capaz de aguantar ni ese trago.

-Necesita práctica -le dijo ella sonriendo.

-Maleta. Puede que la dejara en la barra... Tiene que estar en alguna parte -exclamó-.

-Escúcheme, amigo...

-Mi maleta -replicó Beggs con voz clara, enfrentándose con el barman-. Quiero mi maleta, ¿comprende?

-Yo no he visto ninguna maleta. ¿Me acusa de...?

-La chica con quien estaba. La que trabaja aquí.

-Aquí no trabaja ninguna chica, amigo.

-Se lo ruego, no se haga el imbécil. No bromeo. Soy viejo.

¿Qué ha hecho usted con esa maleta? ¿Dónde está la chica?

-Señor, se lo diré una vez más -declaró el barman-. Aquí no trabaja ninguna chica. Si alguien le ha engañado, eso es asunto suyo y no mío.

-¡Mentiroso!

Beggs se precipitó hacia delante. No era un ataque; si sus brazos estaban extendidos, era en gesto de súplica y no de violencia. Gritó de nuevo, y el barman se alejó, desafiante. Beggs se volvió. El hombre se volvió y le injurió agríamente. Entonces Beggs le puso a sollozar y el barman exclamó con un suspiro de cansancio:

-¿Lo que faltaba! ¡Esto ya es demasiado!

Cogió a Beggs por el brazo y lo empujó hacia la puerta donde le pegó un empujón final que lo lanzó a la calle.

Se acordaba de las escaleras. Tres pisos. Fáciles de subir cuando era joven, cuando acababa de casarse y Edith le esperaba arriba.

Llamó a la puerta. Al cabo de un rato, una mujer que hubiera podido ser la madre de Edith abrió la puerta; pero era Edith. Ella se lo quedó mirando, apartando de su rostro mechones de cabellos rebeldes de un gris amarillento.

-Soy yo, Harry.

-¿Harry?

-Es muy tarde -balbuceó él-.

Siento haber llegado tan tarde. Me han soltado hoy. ¿Puedo entrar?

-Oh, Dios mío! -exclamó Edith.

-Tengo una sed terrible -dijo-.

¿Podría beber un vaso de agua?

Ella le hizo entrar. La habitación estaba sumida en la oscuridad. Se dirigió hacia la cocina y volvió con un vaso de agua. Se lo alargó y él se sentó antes de ponerse a beberlo.

Cuando hubo terminado, esbozó una tímida sonrisa:

-Gracias. De veras que tenía sed.

-¿Qué es lo que quieres, Harry?

-Nada -respuso él con calma-.

No puedo esperar nada de tí, ¿verdad?

¿verdad?

Ella se apartó de él, alisándose los cabellos.

-¿Dios mío! ¡Vaya cabeza que llevo! ¿Por qué no me has advertido?

-Lo siento, Edith; será mejor que me vaya.

-¿Adónde?

-No lo sé -respondió Beggs-. No lo he pensado.

Ella se llevó el vaso vacío a la cocina y luego volvió.

-Puedes quedarte aquí -le dijo claramente-. No podría echarte. Puedes dormir en el diván.

-Este diván -dijo él lentamente-. Preferiría dormir sobre este diván antes que en un palacio. -Se la quedó mirando. Ella lloraba-. Y... Edith, no hagas caso de mí.

Se levantó y se acercó rodeándola con sus brazos.

-¿De veras quieres que me quede? Quiero decir... ¿no solamente esta noche?

Ella asintió con la cabeza.

Beggs la abrazó más estrechamente, como hubiera hecho un joven amante. Edith debió pensar que la escena resultaba ridícula, porque se echó a reír.

-¡Dios mío! ¿Se echó a reír?

-¿Dios mío! ¿Se echó a reír? -exclamó-. Harry, ¿tú sabes cuál es mi edad?

-Me da lo mismo.

-Soy madre de una hija mayor, Harry, tú no has visto nunca a tu hija.

-Se soltó y se dirigió hacia la puerta cerrada de un dormitorio. Llamó a ella: ¡No has visto nunca a Angela! ¡No era más que un bebé cuando...! ¡Angela! ¡Angela! ¡Despierta!

Un momento más tarde, la puerta se abrió. La joven rubia, en ligero camisón de noche, bostezaba y guiñaba los ojos. Era bonita; pero parecía de mal humor.

-¿Qué demonios pasa? -preguntó-. ¿A qué vienen esos gritos?

-Angela, quiero que conozcas a alguien. ¡

Edith unió las manos y se quedó mirando a Beggs. Este miraba a Edith la vio desaparecer muy pronto. Esta se miraba el uno al otro, el hombre viejo y la joven, y Angela tiró nerviosamente de la sarta de perlas baratas, de un blanco mate, que llevaba todavía alrededor del cuello.

